

minotauro

# RAY BRADBURY

SOMBRAS VERDES,  
BALLENA BLANCA



# RAY BRADBURY

SOMBRAS VERDES, BALLENA BLANCA

minotauro

*Sombras verdes, ballena blanca*

Copyright © 1992 by Ray Bradbury  
Originally published as *Green Shadows, White Whale*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 1995 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ana Quijada

Edición revisada por Grupo Ormo

Los siguientes capítulos fueron publicados previamente en diferente forma: 4, bajo el título de «El gran choque del último lunes»; 12, «Terrible conflagración en la casa»; 13, «El mendigo del puente de O'Connell»; 15, «Fantasmas de lo nuevo»; 18, «¡Una por su señoría y otra para el camino!»; 21, «Cómo pasar el domingo»; 22, «La primera noche de cuaresma»; 23, «McGillahee's Brat»; 27, «Banshee»; 28, «El viento frío y el viento caliente»; 29, «La carrera del himno».

El capítulo 9 apareció en el número de mayo de 1992 de *The American Way* bajo el título de «The Hunt Wedding».

ISBN: 978-84-450-0783-9  
Depósito legal: B. 207-2022  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

Miré desde la cubierta del ferry de Dun Laoghaire y vi Irlanda.

La tierra era verde.

Y no me refiero a un único y vulgar verde; allí estaban todas sus tonalidades y variaciones. Incluso las sombras eran verdes, y la luz que bailoteaba en el muelle de Dun Laoghaire y en las caras de los aduaneros. Bajé y me interné en aquel verde, yo, un joven americano de poco más de treinta años que sufría dos clases distintas de depresión y que cargaba una máquina de escribir y poco más como equipaje.

Al contemplar la luz, los campos, las sombras, grité:

—¡Verde! Es como en los folletos de las agencias de viajes. Irlanda es verde, ¡es verdad que es verde!

Pero, de repente, un relámpago, un trueno. El sol se escondió. El verde se desvaneció. Una cortina de lluvia cubrió el vasto cielo. Desconcertado, sentí que mi sonrisa se desinflaba. Un canoso y mal afeitado oficial de aduanas me hizo señas.

—¡Aquí! ¡Control de aduanas!

—¿Adónde se ha ido? —grité—. ¡El verde! ¡Si estaba aquí hace un momento! Ahora se ha...

—¿Dice usted el verde?

El oficial consultó su reloj.

—Volverá cuando salga el sol —dijo.

—¿Y eso cuándo será?

El viejo hojeó una lista de aduanas.

—Bueno, no hay nada en los malditos boletines del gobierno que indique cuándo, dónde o si saldrá el sol en Irlanda. —Hizo un ademán con la cabeza—. Hay una iglesia en aquella dirección, pregunte allí.

—Me quedará aquí seis meses. ¿Cree que...?

—¿... si volverá a ver el sol y el verde? Es posible. Aunque en el veintiocho tuvimos doscientos días de lluvia. Fue el año en que produjimos más champiñones que niños.

—¿Es eso cierto?

—No, solo son rumores. Pero eso es todo lo que se necesita en Irlanda, alguien que escuche, alguien que hable ¡y ya está hecho! ¿Es ese todo su equipaje?

Le enseñé mi máquina de escribir y mi maleta.

—Viajo con poco peso. Esto salió rápido. El equipaje pesado llegará la semana que viene.

—¿Es esta su primera estancia en nuestro país?

—No. Vine aquí, pobre e inédito, en un carguero en mil novecientos treinta y nueve, cuando solo tenía dieciocho años.

—¿Por qué razón ha venido a Irlanda?

El oficial chupó su lápiz y emborronó su bloc con algunas notas.

—La razón no tiene nada que ver con esto —dije con brusquedad.

Su lápiz quedó suspendido en el aire y levantó la vista.

—Ese es un buen comienzo, pero ¿qué quiere decir?

—Locura.

El hombre se inclinó hacia delante complacido, como si estuviera presenciando un motín.

—¿Qué clase de locura? —inquirió educadamente.

—De dos tipos. Literaria y psicológica. He venido para enfrentarme y derrotar a la Ballena Blanca.

—Enfrentar —garabateó el hombre—. Derrotar. Ballena Blanca. Eso es *Moby Dick*, ¿no?

—¡Usted lee! —grité, sacándome de debajo del brazo el libro.

—Cuando estoy de humor. —Subrayó sus garabatos. Hemos tenido a la bestia en casa durante más de veinte años. Peleé con ella en dos ocasiones. Está demasiado cargada de páginas y de las intenciones del autor.

—Estoy de acuerdo, lo está —dije—. Lo he empezado y lo he vuelto a dejar al menos diez veces, hasta que el mes pasado un estudio cinematográfico me contrató para trabajar en él. Así que ahora tengo que vencer para ganarme el sustento.

El oficial de aduanas asintió, anotó mis medidas y declaró:

—De modo que ha venido usted para escribir un guion. Solo hay otro tipo que se dedique al cine en toda Irlanda. Como se llame. Alto, con cara de perro apaleado, hablaba muy bien. Dijo: «Nunca más». Tomó el ferry para descubrir cómo era el mar de Irlanda. Lo descubrió y vomitó el desayuno y el almuerzo. Era paliducho. Casi no tenía fuerza ni para llevar el libro de la ballena bajo el brazo. «Nunca más», gritó. ¿Y usted, muchacho? ¿Vencerá alguna vez al libro?

—¿Usted lo ha hecho?

—La ballena no ha atracado aquí, no. Demasiado para la literatura. ¿A qué se refería con lo de psicológico? ¿Ha venido a ver cómo mienten los católicos y cómo los unionistas se rasgan las vestiduras?

—No, no —dije apresuradamente, mientras recordaba mi anterior visita, en la que el tiempo había sido horrible—. Entre ataque y ataque a la ballena, quiero estudiar a los irlandeses.

—Dios ya no quiere mirar aquí. ¿Es que quiere ser más que Él? ¿Por qué quiere hacerlo? —Su lápiz volvió a quedar suspendido en el aire.

—Bueno... —dije mientras me metía el impermeable negro por la cabeza, ataba la cuerdecita alrededor de mi cuello y tiraba de la palanquita para bajar la visera— perdóneme, pero este es el último lugar del mundo en el que hubiera querido aterrizar. Es un verdadero misterio. Cuando era pequeño y pasaba por el barrio irlandés, los Micks<sup>1</sup> siempre me daban una buena tunda si me atrapaban. Y cuando corrían por nuestro barrio, nosotros les pegábamos a ellos. Llevo media vida preguntándome por qué hacíamos lo que hacíamos. Crecí perplejo...

—¿Perplejo? ¿Solo eso? —gritó el oficial.

—... por los irlandeses. Ellos no me disgustan tanto como mi propio pasado. No me dicen nada ni el whiskey irlandés ni los tenores irlandeses. El café irlandés tampoco es que sea mi bebida predilecta. La lista es larga. Después de haber vivido con esos terribles prejuicios, tengo que luchar para librarme de ellos. Y como el estudio me encomendó perseguir a la ballena en Irlanda, Dios, pensé, compararé la realidad con mis gastadas sospechas. Tengo que conjurar el fantasma para siempre. Puede decirse —concluí entonces débilmente— que he venido para ver a los irlandeses.

1. *Mick*: Derivado del nombre Michael. Suele utilizarse para referirse despectivamente a los irlandeses. (*N. de la t.*)

—¡No! Escúchenos, eso sí. Pero nuestra lengua no está conectada con nuestros cerebros. ¿Vernos? Vaya, muchacho, nosotros no estamos aquí. Estamos más allá del canal o más allá del gran charco. Déjeme esos lentes.

Alargó la mano gentilmente para quitarme los lentes de la nariz.

—¡Ay, Señor! —Se los colocó—. ¡Estos son de los veinte auténticos!

—Sí.

—No, no. El foco es demasiado exacto. Usted necesita algo que desvíe la luz y cree una especie de bruma o niebla, no exactamente lluvia. Entonces nos verá flotando sobre nuestras espaldas, casi hundidos, como esa chica de Hamlet... ¿cómo se llamaba?

—Ofelia.

—Esa misma, pobre muchacha. ¡Bien! —Volvió a colocar los lentes sobre mi nariz—. Cuando quiera meterse en dificultades entre la multitud, quíteselos o nos verá caminando hacia la izquierda cuando deberíamos estar avanzando hacia la derecha. De todas formas, nunca podrá sondear, encontrar, descubrir, o comprender a los irlandeses. Somos más un clima que una raza. Pásenos por rayos X, arránquenos el esqueleto de cuajo, y por la mañana lo habremos regenerado por completo. ¡Tiene razón en todo lo que ha dicho!

—¿La tengo? —dije atónito.

El oficial fue repasando su propia lista detrás de sus párpados:

—¿El café? Nosotros no tostamos el grano, ¡lo quemamos! ¿Economía? ¿Música? Aquí van de la mano. Porque hay mendigos que tocan banyos con las cuerdas flojas en el O'Connell Bridge; mendigos que arrastran con dificultad pianolas que suenan como hormigoneras llenas de cuchillas de afeitar alrededor



de St. Stephen's Green. ¿Las mujeres irlandesas? Son todas unos taponos con las piernas enanas y narices de cerdo. Te apoyas en ellas, las utilizas para protegerte de la lluvia, pero no las perseguirías a través de un pantano. ¿E Irlanda en sí? Es la colonia penal al aire libre más grande de la historia... un gran hipódromo donde los sacerdotes hacen apuestas y pagan el Día del Juicio Final. Vuelva a casa, muchacho. No le vamos a gustar nada.

—Usted no me cae mal...

—¡Pero le caeré! ¡Escuche! —susurró el viejo—. ¿Ve a ese grupo de irlandeses que se apresuran a abandonar la isla antes de que se hunda? Se quedarán en París, Australia, Boston, hasta el Segundo Advenimiento. ¿Por qué todo este alboroto para salir de Irlanda?, se preguntará. Bien, si en la noche del sábado decide, uno, ver una película de Greta Garbo de mil novecientos treinta y uno en el cine Joyous; dos, orinar en la estatua del poeta cerca del Gate Theatre; o tres, tirarse al río Liffey para entretenerse, con el sano propósito de ahogarse, también puede considerar la idea de marcharse de Irlanda, como han hecho los irlandeses a razón de una multitud por día desde que mataron a Lincoln. La población ha caído de ocho millones a menos de tres. Otra gran hambre por la escasez de patata o una niebla más espesa que dure lo suficiente como para que todo el mundo pueda hacer el equipaje y cruzar de puntillas el canal para disfrazarse de policías de Filadelfia, e Irlanda será un desierto. ¡Usted no me ha dicho nada de Irlanda que yo no supiera ya!

Vacilé.

—Espero no haberlo ofendido.

—Ha sido un placer escuchar sus opiniones. Por cierto, ese libro que va a escribir... ¿es pornográfico?

—No, no voy a estudiar los hábitos sexuales de los irlandeses, no.

—Lástima. Están verdaderamente necesitados. Bueno, Dublín queda por allí, todo recto. ¡Buena suerte, muchacho!

—¡Adiós... y gracias!

El viejo, incrédulo, miró hacia el cielo.

—¿Lo has oído? ¡Ha dicho gracias!

Corrí y desaparecí entre los relámpagos, los truenos, la oscuridad. En algún lugar de aquel crepúsculo a mediodía sonaba un arpa desafinada.

## 2

Y luego del tren de enlace y de recorrer en taxi las calles mojadas, finalmente me inscribí en el Royal Hibernian Hotel y telefoneé a Kilcock para ver cómo podría encontrar al diablo en persona, como había dicho el recepcionista mientras le alargaba mi equipaje al botones, que me subió en el traqueteante ascensor hasta la habitación y dejó mi equipaje donde no echaría raíces, como él dijo, y luego se alejó de mí como si hubiera mirado un espejo sin ver ninguna imagen reflejada.

—Señor —dijo—, esto... ¿es usted algún autor famoso o algo por el estilo?

—Algo por el estilo, sí —respondí.

—Vaya. —El botones se rascó la cabeza—. He estado preguntando por el pub, el vestíbulo y la cocina y nadie ha oído hablar nunca de usted.

Al llegar a la puerta se volvió.

—Pero no se preocupe —dijo—. Su secreto está a salvo conmigo.

La puerta se cerró con suavidad.

De repente, me sentí furioso con Irlanda o con la Ballena. No sabiendo con cuál de las dos, tomé un taxi, que avanzó doblando por calles atestadas por decenas

de miles de bicicletas. Enfilamos hacia el oeste siguiendo el curso del río Liffey.

—¿Qué camino prefiere, el corto o el largo? —preguntó mi conductor—. ¿Un gran rodeo o una llegada rápida?

—El corto...

—Ese sale más caro —interrumpió mi conductor—. El largo es más barato. ¡Conversación! ¿Usted charla? Cuando llegamos al final del viaje, estoy tan relajado que olvido la cuenta. También llevo un mapa, carta y atlas del Liffey, y además de eso estoy yo. ¿Y bien?

—El gran rodeo.

—¡Pues vamos allá!

Pisó el acelerador como si este necesitara que lo despertaran, pasó rozando a una docena de ciclistas y corrió para serpentear a lo largo del Liffey y salir al espacio abierto. Solo para escuchar el motor toser y caer muerto a poca distancia de Kilcock.

Examinamos un motor sumido en el misterio desde hacía mucho tiempo y que se inclinaba sobre la tumba. Mi conductor levantó un enorme martillo, decidió que no le daría a la máquina el golpe de gracia, arrojó el martillo a un lado y fue hacia la parte trasera del taxi para soltar una bicicleta y pasármela. La dejó caer.

—Vamos, vamos. —Volvió a instalar el vehículo en mis manos—. Su destino queda a poca distancia bajando por esta carretera. —Sacudió la bicicleta—. Móntese.

—Ya hace años que...

—Sus manos recordarán y su trasero aprenderá. Salte.

Me monté de un salto y miré el coche acabado y a aquel hombre imperturbable.

—No parece usted alterado...

—Los coches son como las mujeres, una vez que les pillas el truco. Váyase. Colina abajo. Con cuidado. El vehículo no tiene muchos frenos.

—Muchas gracias —grité mientras el vehículo me llevaba hacia lo lejos.